

# EN LA FRONTERA

POR EDUARDO MAULEÓN

Ciertamente, esperaba que sucediera eso o algo por el estilo. Me encontraba ya junto a un numerado mojón de la frontera cuando uno de los guardias hizo un disparo al aire al propio tiempo que su compañero hacía ademanes para que me parase.

Me figuraba que la pareja de guardias no andaría muy lejos de allí puesto que su chabola estaba no muy distante, pegando al camino que baja a Francia.

No es que pretendiera irme a toda costa al país vecino o que tratara de retirar alguna mercancía. Porque la verdad es que lo mismo me daba tumbarme allí mismo, respaldándome en la muga, encender un pitillo y filosofar a mi manera durante unas horas, que coger el camino y bajarme a ese pueblecito enclavado en Los Alduides y que desde aquí lo veo con una iglesia que parece de juguete, sus casas blanquísimas y sus prados de color de esmeralda.

Lo que sucede es que ese día, como otros muchos que ya han pasado, no llevaba encima ninguna clase de documentación. Por esta razón trataba yo de eludir la presencia de los guardias a fin de evitarme, caso de que me la pidieran, las enojosas preguntas y respuestas que por tal causa podían surgir. No es que me moleste mayormente esa cuestión ya que me hago cargo de la obligación o deber, que les asiste, máxime si, como en mi caso, va uno por ahí como si estuviera en la cocina de su casa. Pero de todas formas si se puede pasar desapercibido, mejor.

Desde luego he de reconocer, en honor a la verdad, que hasta la fecha no me ha ido del todo mal. En mis numerosas andanzas a todo lo largo de la frontera de mi tierra, casi siempre me han dejado andar libremente. Como en este caso.

Porque esta vez dio la casualidad de que uno de los guardias me conocía de tiempos atrás. Y tan bien salió la cosa que hasta me invitaron a comer a su chabola. Cosa que acepté encantado por cuanto que la comida que llevé había dado ya cuenta de ella al ponerme a almorzar. Por lo visto aquel día debía tener bastante apetito.

Después me bajé a Urepel. Tiene este pueblecito un río truchero, una iglesia preciosa y bien cuidada, y el cementerio al lado. Casas con escudos nobiliarios y ventanas y balcones llenos de flores. Un hermoso frontón, un restaurante, dos o tres tascas y la consabida tienda con venta de postales, tabacos y recuerdos del país vasco-francés.

## PYRENAICA

En el atrio situado frente a la iglesia, se halla el monumento al soldado desconocido. Es una enorme figura de bronce representando a un soldado vestido con el uniforme de la primera guerra mundial. Debajo de la estatua los nombres de los que del pueblo, cayeron entonces.

¡Y qué triste! Hay añadida una nueva lista con los nombres de aquella otra juventud que sucumbió en esta pasada! ¡Cuántos de los que cayeron en ésta habrían leído los nombres de los que murieron en la primera contienda sin pensar que a continuación pondrían los suyos por idéntico y trágico motivo!

Así como antes he bajado a Urepel por sendas y alcorces, cruzando caseríos y pastizales, ahora me subo a la frontera por la carretera. Es esta una magnífica carretera asfaltada que muere al pie de la muga. Bueno, es que aunque lo intentaran no podrían continuar más. Porque seguidamente viene un camino ancho y sumamente destartado que asciende renqueando al collado de Urquiaga, allá en Quinto Real, para bajarse después, a Euguí. Hace muchos años se habló de construir esta carretera que habría de enlazar Pamplona con Los Alduides. Hubiera sido una pista soberbia, ya que aparte de su pintoresco recorrido haría el trayecto en muy poco tiempo, y sobre todo, sin la agravante de no cerrarse en el invierno ya que carece de puertos. Naturalmente se quedó en proyecto.

Cerca de la raya fronteriza hay una venta. Aquí se vende vino, tabaco y recuerdos, muchos recuerdos de España. Figuras de toreros y flamencos. Pandere-tas y botellas de anís que tienen la forma de la Giralda y unas pequeñas castañuelas colgando del cuello de cristal. También se venden alpargatas y botas de vino y de las otras; abarcas y latas de sardinas y de atún y de espárragos.

Nuestros vecinos llegan hasta allí con sus coches, en motos o en bicicletas con motor. Aquí por lo visto nadie procura hacer esfuerzos en subir andando por la carretera.

Por el camino lleno de baches y guijarros sueltos, me marchó yo. Hasta el collado dormido y vacío en el que una niebla muy húmeda está haciendo llorar de tristeza a los helechos y a las hojas de las hayas de estos bosques de la frontera.